

ADAM BLAKE

**EL CÓDIGO
DEL
DEMONIO**

Título original: *The Demon Code*

First published in the English language in the United Kingdom
in 2012 by Sphere, an imprint of Little, Brown Book Group.

Primera edición: 2016

© Adam Blake, 2012

© traducción: Valentina Reyes, 2016

© de esta edición: Bóveda, 2016

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-96-7

Depósito legal: SE. 10-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
PRIMERA PARTE. Una trompeta que revela el juicio ..	15
SEGUNDA PARTE. Un soldado	167
TERCERA PARTE. El martillo	201
CUARTA PARTE. Consejo de guerra	321
QUINTA PARTE. El vientre de la bestia	383
SEXTA PARTE. La era	529

Para A. J. Lake, con todo mi amor

PRÓLOGO

Y A HABÍAN PREPARADO A LOS PARTICIPANTES. Sus captores les habían atado las manos y los pies, los habían puesto en fila según el orden prescrito y los habían obligado a arrodillarse en el frío suelo de piedra, en el cuartillo de la trasera del viejo edificio. En realidad el cuarto era demasiado estrecho para el ritual que iba a tener lugar allí. Había otros mucho más apropiados, pero el profeta había elegido aquél por motivos esotéricos que pocos de ellos comprendían.

Hacía una noche tibia, el sol se escondía apenas en el horizonte, pero sin embargo las losas estaban frías. Quizá por eso, o quizá por otras causas igual de válidas, los hombres y las mujeres temblaban mientras esperaban de rodillas.

Ber Lusim mandó que uno de sus hombres le dijera al profeta que estaban listos para proceder.

El enviado volvió casi al instante detrás del santo. Shekolni vestía una túnica roja con el bajo negro: rojo por la sangre, negro en señal de luto. Trenzas rojas se entretrejían en lo negro de la barba, y en las finas palmas de las manos, que parecían manos de violinista o de médico, pintadas en tinta roja dentro de recuadros negros, se veían las palabras arameas que



significaban vida y muerte, indicando que Dios había delegado en él el poder de conservar y el poder de destruir.

Con la cabeza gacha, como si leyera, el profeta traía el libro sagrado abierto, pero iba con los ojos cerrados. Los demás que estaban en la habitación sabían que no debían hablar en semejante momento, aunque intercambiaron miradas, de desconcierto y admiración por esta pequeña muestra de la alteridad del profeta.

Ber Lusim se inclinó ante el santo en una profunda y prolongada reverencia, y todos los demás siguieron su ejemplo. Entonces Shekolni abrió los ojos y le sonrió a su viejo amigo; una sonrisa sencilla, de afecto y alegría compartida.

—Has trabajado muchísimo por esto —le dijo en la lengua de la patria—. Y ahora el momento ha llegado por fin.

—Todos hemos trabajado —respondió Ber Lusim—. Que el Único Nombre te guíe, Avra. Que la Hueste dé fuerzas a tu mano.

—¡Por favor! ¡Decidnos qué vais a hacer con nosotros!

Quien hablaba era uno de los cautivos, un hombre. Era evidente que estaba aterrado y que intentaba con todas sus fuerzas que no se le notara. Ber Lusim respetaba su valor: ya debía de saber buena parte de la respuesta.

Aunque hizo caso omiso de la pregunta, Shekolni se quedó mirando largo rato con expresión pensativa la hilera de hombres y mujeres arrodillados. Ber Lusim se mantuvo aparte y aguardó, sin pronunciar palabra; ya que estaban aquí, y que se habían llevado a cabo todos los preparativos posibles, actuaría según le dictara el profeta.

—Creo que habría que tapparles la boca —dijo Shekolni por fin—. De lo contrario, habrá mucho ruido. Ruido indecoroso y superfluo. Creo que eso empañará la solemnidad de la ocasión.

Ber Lusim le hizo una breve seña con la cabeza al ayudante que estaba más cerca.

—Hazlo.

Dos de sus partidarios recorrieron la fila mientras ponían mordazas de lino enrollado en la boca de cada uno de los que iban a ser sacrificados. No tardaron en terminar. Cuando el último de los doce quedó reducido al silencio, los ayudantes hicieron un saludo a su jefe con el puño cerrado, y al profeta con la señal de la soga. Después se retiraron hacia la entrada.

—¿Dónde está la hoja? —preguntó Shekolni.

Él sabía dónde estaba, por supuesto: la pregunta tenía la fuerza del ritual.

Así que Ber Lusim contestó de manera ritual. Se abrió la chaqueta para mostrar la vaina múltiple de cáñamo tejido que llevaba sujeta al forro y sacó uno de los cuchillos. En muchos lugares se los llama mangos, pues no tienen empuñadura aparte, sólo un pie algo más grueso, redondo por un lado cerca de la punta, y tan afilado que es capaz de dividir un cabello.

—Aquí tienes la hoja.

Le dio la vuelta en la mano y se la ofreció a Shekolni.

El profeta la cogió y le dio las gracias con un movimiento de cabeza. Miró a los hombres y mujeres que estaban de rodillas.

—De vuestro pecado saldrá una inmensa bondad —les dijo, cambiando a su idioma para que lo comprendieran y se consolaran—. De vuestro dolor, una bendición indescriptible. Y de vuestras muertes, la vida eterna.

Tenía razón respecto al ruido. A pesar de las mordazas, y de que Shekolni actuó con la mayor rapidez posible, los veinte minutos siguientes fueron espeluznantes y agotadores. Todos los que asistían a la ceremonia estaban habituados a la muerte, pero esta clase de muerte, con la víctima indefensa y llena de pánico ante lo que se avecinaba, no es agradable de ver.

Aunque ellos sí que miraron. Pues sabían para qué era la matanza, y lo que dependía de ella.

El profeta se alzó por fin, con las manos temblorosas de cansancio. Sus vestiduras ya no eran rojas. En la habitación en penumbra la sangre las había empapado y las había teñido de un negro uniforme. Ber Lusim se adelantó para sostener a Shekolni y tomó parte de aquella sangre sobre sí; de modo literal, como la tenía ya de modo metafórico.

—Las ruedas comienzan a girar —dijo Shekolni.

—Y las alas a batir —repuso Ber Lusim.

—Amén.

Con un gesto, Ber Lusim indicó que encendieran el fuego.

Cuando el coche donde iban se alejó, la vieja casa ardía por los cuatro costados. No como una antorcha sino como una almenara de antaño, puesta sobre una colina para advertir de una crisis inminente a los ciudadanos dormidos.

Pero nadie lo interpretaría así, y Ber Lusim lo sabía. No harían caso a la advertencia hasta que fuera demasiado tarde.

En aquel feliz instante pensó una cosa. En sus días de juventud, cuando a veces su celo vencía a su discreción, se había ganado el apodo de «el Demonio». Ahora lo era mucho más.

Cuando se arrancara la tapadera del infierno y todos los demonios salieran a la vez, quizá más de uno recordara esa ironía.

PRIMERA PARTE

UNA TROMPETA QUE REVELA EL JUICIO

HEATHER KENNEDY, ANTES SARGENTO DE DETECTIVES 4031 Kennedy de la Policía Metropolitana de Londres, Unidad del Crimen Grave y Organizado, ahora sin graduación, salió al radiante sol de verano desde el vestíbulo del número 32 de London Bridge, también conocido como «el Tiesto». Bajó los escalones con bastante brío, pero luego, al llegar abajo, se quedó quieta en mitad de la acera entre los empujones de los transeúntes, sin saber qué hacer.

Le dolía la mano derecha.

Le dolía la mano derecha porque le sangraban los nudillos.

Los nudillos le sangraban porque se los había abierto contra la mandíbula del que hasta cinco minutos antes era su jefe.

Una ecuación cuyo resultado final aún no había encontrado.

Aquel arranque desaforado la mortificaba y le sorprendía bastante. Si el cliente hubiera hecho un comentario sexista, si hubiera intentado meterle mano con disimulo, o incluso si hubiera cuestionado su honradez profesional, normalmente Kennedy habría manejado la situación de forma tranquila y hábil, y

habría salido de ella sin inmutarse. De ningún modo, y bajo ningún concepto, le habría pegado.

Claro que Kennedy no se acordaba de cuándo era la última vez que se había sentido normal.

Mientras se masajeara con cuidado la mano lesionada, se incorporó poco a poco al constante río de turistas y gente que iba y venía en dirección al trabajo. Quería irse a casa y meter la mano en agua fría. Después quería tomarse un buen trago en vaso grande, seguido por otro más malo en vaso más grande.

El único problema de esa formulación era Izzy. Kennedy no estaba segura de si el día iba a seguir rodando cuesta abajo mucho más sin tocar fondo. Ni de cuáles serían las consecuencias de interrumpir a Izzy en mitad de su jornada laboral, sin avisar. Porque la última vez...

Apartó sus pensamientos de aquel camino, aunque demasiado tarde; ya había vuelto a ver la imagen mental que intentaba evitar y la habían sacudido los mismos sentimientos que le inspiraba siempre: una amarga cólera superpuesta a un vacío aterrador, como un *whisky* barato vertido sobre hielo.

Así que no se fue a casa. Fue a un bar —un local sin carácter, perteneciente a una cadena de nombre pretendidamente extravagante, con barrilitos— y se tomó el *whisky* de verdad en lugar de metafórico. Lo hizo durar con ánimo sombrío, preguntándose qué vendría después. El trabajo en Sandhurst Ballantyne tenía que ser el comienzo de algo bueno, pero ponerle violentamente las manos encima al jefe reduce una enormidad las posibilidades de que éste te recomiende a los amigos. De modo que aquí estaba, con una lista de clientes baja en calorías, una agenda laboral en blanco y una novia infiel (acaso infiel en serie). El futuro pintaba de maravilla.

La belleza escultural y el largo pelo rubio de Kennedy llamaron bastante la atención entre los otros bebedores mati-

nales. O fue eso, o fue la pesadez habitual de que fuera una mujer de uniforme. El de ella era muy sobrio —un impecable mono de seguridad color azul policía y botas militares negras—, pero a algunos hombres les basta con que sea un uniforme.

Justo cuando estaba terminándose el *whisky* le sonó el teléfono. Al sacarlo sintió un momentáneo destello de esperanza: a veces se abría una puerta justo cuando otra se cerraba.

Pero era Emil Gassan, un profesor que daba clases de Historia en una universidad escocesa a quien había conocido durante un antiguo caso... Y que siempre quería hablarle de ese único tema. Kennedy rechazó la llamada y volvió a dejar el teléfono en el bolso.

Se planteó pasar el día vagando por Londres: echar un vistazo a un museo, ir al cine... Pero sería ridículo. No estaba haciendo novillos, estaba sin trabajo, y no tenía sentido eludir las cosas. Se puso derecha y emprendió el camino de vuelta.

La vuelta era a Pimlico: un breve salto, entre codazos, en metro, y luego un paseo bastante largo por Vauxhall Bridge Road; tan largo, por cierto, que al llegar a la puerta del piso Kennedy ya había revisado la pregunta retórica de antes. ¿Dónde *estaba*, exactamente, el fondo hoy día? Y, ¿de verdad quería averiguarlo?

Hizo mucho ruido con la llave en la cerradura, arrastró los pies en el suelo y cerró la puerta demasiado fuerte. Cuando iba a mitad de pasillo Izzy salió a recibirla... desde el salón, no desde el dormitorio, para alivio de Kennedy.

Más baja y más morena que Kennedy, Izzy era al mismo tiempo notablemente más concentrada: una turbia y flexible bala de *sex appeal*, a la que sus caderas bastante anchas no restaban nada de mérito. Irradiando sorpresa y recelo mientras miraba a Kennedy desde el otro extremo del corredor, con

gesto rápido se apartó un mechón de pelo de los ojos color chocolate.

—Hola.

—Eso dices tú —replicó Kennedy.

—¿Me das un beso?

Era una buena pregunta, pero Kennedy no tenía una buena respuesta... ni una buena evasiva. Abatida, fue por el pasillo, besó a Izzy en la mejilla y siguió hasta dejarla atrás.

Izzy dio media vuelta para seguirla con la vista.

—Vuelves temprano —observó—. ¿Qué, ahora me vigilas?

—No —contestó Kennedy—. ¿Por qué, debería?

—No.

—Ah, bueno.

Parecían haber llegado al final de aquel ramal de conversación. Kennedy entró en el salón tras desviarse por la cocina para poner hielo en un vaso. Pero cuando abrió el armario de las bebidas y se vio frente a su propia mirada en el espejo del mueble, perdió parte de las ganas. Ya llevaba una copa puesta. Cogerse un pedal a las once de la mañana se parecería muchísimo a una llamada de socorro.

Izzy fue tras ella.

—¿Pasa algo? —preguntó—. ¿No tenías que estar en Shithouse Brigadoon esta mañana?

—Sandhurst Ballantyne.

—Eso. Allí.

Kennedy se volvió a mirarla, botella en mano.

—Sí. Ya he estado.

—¿Y entregaste el informe?

—Lo intenté.

Izzy ladeó la cabeza en un cómico gesto de desconcierto que, de haber tenido otro ánimo, a Kennedy le habría parecido atractivo. En este preciso instante no hizo más que irritarla.

—El cliente se negó a que lo informara. Me dijo que no le diera el informe. Me ofreció pagarme una prima de productividad si lo tiraba y aseguraba que su cutre departamentillo se encontraba en perfecto estado de revista.

—No lo entiendo —respondió Izzy.

Kennedy volvió a meter de un empujón la botella de *whisky* en el mueble, luego la sacó otra vez y se sirvió un trago después de todo. Mientras hacía estas cosas murmuró:

—Por una figura legal, la negativa razonable. El informe dice que al menos una, y probablemente dos personas de la empresa realizan tráfico de información privilegiada con acciones de los clientes. Si Kenwood se entera, tiene que hacer algo. Y como uno de los dos chorizos, el seguro, no el probable, es su jefe, decidió que prefería no saberlo.

—Y entonces, ¿para qué te contrató? —preguntó Izzy—. Qué tontería.

Kennedy asintió con la cabeza y dio un tiento al *whisky*, un áspero *blended*. Hizo una mueca. El gusto de Izzy en cuanto a la priva nunca decepcionaba, en su línea horrible. Pero no se detuvo y se lo terminó de todas formas.

—La sumisión es parte de su trabajo. Tenía que parecer que estaba haciendo algo, pero confiaba en que yo volvería con las manos vacías. Y al no ser así...

Se quedó callada.

—Entonces, ¿la cogiste? —quiso saber Izzy.

—¿Si cogí qué?

—La prima de productividad.

Kennedy dio un suspiro y dejó el vaso.

—No, Izzy, no la cogí. Él pretendía sacudirse el muerto colgándomelo a mí. Si yo acepto el soborno y luego, a lo mejor dentro de un año, hay una investigación interna o una pesquisa de la Agencia de Servicios Financieros, dirá que yo oculté in-

formación. Así él queda fuera de toda sospecha y el Departamento de Delitos Económicos viene a por mí.

—Ah. Vale. —Izzy cambió de expresión—. ¿Y entonces?

Kennedy le enseñó los nudillos, cubiertos de su propia sangre seca. Izzy le cogió la mano y se la besó.

—Bien por ti, nena —dijo—. A no ser que presente una demanda. ¿Va a poner una demanda?

—No creo. Siempre que hablo a solas con alguien llevo la grabadora, así que tengo constancia de que me hizo esa proposición indecente. Y de todos modos voy a enviarles el informe, a él, a su jefe y al director general. Por desgracia, aún me debía la mitad de los honorarios. Y cuando me marché no estaba echándose mano a la chequera, que digamos.

—¿Algún otro cliente en perspectiva?

—La perspectiva está más vacía que el desierto de Gobi, Izzy. Esto iba a conseguirme muchas referencias para otras empresas financieras con necesidades de seguridad que no pudieran cubrir ellas mismas. No sé por qué, pero me parece que eso ya no va a pasar.

Dio la impresión de que, sin ninguna lógica, la mala noticia alegraba a Izzy.

—Vale —replicó—, así que durante un tiempo serás una mantenida. Vivirás de mi lenocinio.

Estaba bromeando, pero Kennedy no se rio, no se sentía capaz de concederle a Izzy la mínima tregua.

—Sinceramente —contestó—, eso me parece uno de los círculos más bajos del infierno.

En este momento se dio cuenta de que lo que buscaba al volver a casa era una discusión: una buena bronca sobre la fidelidad y la responsabilidad, que probablemente resultara muy catártica los primeros cinco minutos y más tarde sería como si se obligara a comer puñados de cristales rotos y también se los

diera a la mujer a la que en teoría amaba. Debía salir de allí. La verdad es que no tenía adónde ir, pero debía irse.

—Voy abajo —murmuró—. A guardar más cosas de mi padre. Si me quedo por aquí, sólo conseguiré hacerte perder los papeles.

—O inspirarme —repuso Izzy, pero Kennedy ya se dirigía hacia la puerta—. Heather...

—Estoy bien.

—No tengo que fichar ahora mismo. Podríamos...

—Te he dicho que estoy bien.

Kennedy fue consciente de que Izzy emitía otro sonido. Un suspiro quizá, o sólo una respiración entrecortada. No se volvió para mirar.

Abajo, en su piso, se puso a meter objetos al azar en cajas, abrió puertas de armarios y volvió a cerrarlas de un portazo, y fue de cuarto en cuarto en una vana pantomima de ajetreo y resolución.

Irse a vivir con Izzy pareció lo lógico después de que el padre de Kennedy muriera. Más o menos durante el último año de vida de Peter Kennedy Izzy había sido su enfermera *de facto*, o quizá su niñera, o tal vez ambas cosas. Eso era lo que las había reunido. Kennedy era una figura emergente en la división de detectives de la Met: sus horarios eran largos e imprevisibles, y necesitaba a alguien cerca que pudiera acudir a sustituirla inmediatamente. Izzy era perfecta porque, aunque ya tenía trabajo, trabajaba en una línea erótica. Actuar como animadora de la masturbación ajena era una tarea ligera que podía hacerse casi desde cualquier parte. El único material que necesitaba era un móvil y una mente guarra, y ambas cosas las tenía.

El proceso por el que se hicieron amantes fue de todo menos inevitable. Empezó por la época en que a Kennedy la

echaron a patadas de la Met, lo cual significaba que andaba mucho más por el piso cuando Izzy estaba allí. La relación se desarrolló durante los meses posteriores, y al morir Peter lo natural fue que Kennedy se fuera con Izzy. El piso que había compartido con su padre era como un objeto expuesto en un museo, con sus recuerdos sujetos para siempre. Mudarse —aunque sólo se mudara a la planta de arriba— suponía huir al menos de uno de esos recuerdos.

Pero la huida dependía de muchas cosas y tenía sus propias reglas. Una de ellas era que no se puede escapar de lo que aún llevas contigo. Por muy explotador y degradante que fuera el trabajo de Izzy, a ésta nunca se le había ocurrido dimitir. Le gustaba mucho el sexo, y cuando no lo practicaba le gustaba hablar de él.

Y al final resultó que le gustaba practicarlo incluso cuando Kennedy no estaba allí.

Ahora su vida juntas estaba en un callejón sin salida: un continuo cuadro viviente de *Los adúlteros descubiertos*, con Izzy corriendo apurada a taparse, un avergonzado joven tratando de averiguar qué pasaba y Kennedy de pie en la entrada, con los ojos como platos y tambaleándose.

Izzy no había prometido ser fiel y, en todo caso, hacía una distinción radical entre mujeres y hombres. Las mujeres eran amantes, parejas, almas gemelas. Los hombres eran una comezón que de vez en cuando se rascaba. Kennedy nunca había creído que fuera necesario ni deseable arrancar promesas por la fuerza. En la desigual historia de su vida sexual, *uno* era el número más alto de amantes que había tenido nunca al mismo tiempo, y por lo general le había bastado.

Debería perdonar a Izzy. O debería retirarse con un comentario mordaz del tipo: «Mira lo que te pierdes, nena». No podía hacer ninguna de las dos cosas. La agresión pasiva de la

culpabilidad, el reproche y el hosco retraimiento era el horrible y obligatorio punto medio.

El teléfono de Heather sonó. Ésta le echó una ojeada a la pantalla, vio que era Emil Gassan otra vez. Se rindió y respondió, aunque sólo para decirle que era mal momento.

Gassan se coló primero.

—Heather, llevo jugando al pillapilla telefónico con usted todo el día. Me alegro mucho de haberla localizado por fin.

Ella intentó atajarlo.

—Profesor...

—Emil —contraatacó él.

Kenedy no le hizo caso. No quería apearle el apellido a Gassan: en cierto modo, resultaba raro que el mordaz y quisquilloso profesor universitario tuviese nombre de pila siquiera.

—Profesor, ahora mismo no puedo hablar, de veras. Estoy en mitad de una cosa.

—Ah.

Gassan parecía más desanimado que de costumbre y Kennedy experimentó un escrúpulo pasajero. Sabía por qué llamaba y lo que eso significaba para él. Todo tenía que ver con aquel viejo caso. El mayor hallazgo de su erudita carrera era algo de lo que Gassan no podía hablar, bajo pena de muerte, salvo con ella. Cada cierto tiempo tenía que desfogar. Tenía que contarle cosas que los dos sabían ya, y ella tenía que escuchar... como servicio particular. Eso le daba cierta idea de lo que Izzy debía de pasar en el transcurso de una jornada laboral.

—Es sólo... ya sabe... la presión del trabajo —contemporizó ella, tratando de ganar tiempo—. Lo llamaré esta semana, más adelante.

—Entonces, ¿está muy ocupada? —preguntó Gassan—. ¿No está libre para aceptar un encargo?

—¿Aceptar...? —Kennedy se quedó perpleja y, a pesar de su pésimo humor, aquello le hizo gracia—. ¿Cómo, necesita un detective, Emil? ¿Quiere que localice un libro perdido de la biblioteca o algo así?

—Sí, más o menos. Si hubiera estado usted libre, iba a pedirle que aceptara un trabajo, muy delicado y muy bien pagado, para mi jefe actual.

Kennedy vaciló. Resultaba hipócrita y ridículo dar un cambio de rumbo tan rápido y tan descarado, pero lo cierto era que necesitaba dinero. Más aún: necesitaba tener algo que la alejase del piso hasta que no descubriera lo que quería hacer respecto a Izzy.

—¿Y quién es su jefe actual, Profesor?

Él se lo dijo, y ella alzó las cejas. Decididamente, era mejor que la sordidez financiera.

—Ahora mismo voy —respondió Kennedy.